

La religiosidad de los españoles

Publicado en: *Cuenta y Razón*, nº 20, Mayo-Agosto 1985, pp. 79-85.

La medición empírica de la religiosidad ha constituido tradicionalmente un problema para los investigadores sociales, ya que la mayor parte de los indicadores objetivos parecen haber sido poco operativos para explicar y/o predecir otras actitudes o comportamientos individuales. Por ello, y a semejanza de lo que ha ocurrido con otros conceptos abstractos, como la clase social, la experiencia ha demostrado que la propia definición subjetiva es más válida y fiable que cualquier definición «supuestamente» objetiva.

En realidad, no se trata de la vieja polémica metodológica entre quienes, como G. Lundberg, creían que cualquier variable social podía ser, en principio, medida, y que el único problema residía en definirla operativamente y en disponer de las técnicas de observación y medición adecuadas, y quienes, como H. Blumer, rechazaban las definiciones operativas porque omitían la parte más vital de la referencia originaria.

La cuestión tiene más que ver con la diferencia entre «grupo de permanencia» y «grupo de referencia» que tantos frutos ha dado desde que T. Newcomb y M. Sherif, entre otros, introdujeran esa pareja de conceptos para explicar las actitudes.

En efecto, las investigaciones que se han realizado partiendo de esa pareja de conceptos han demostrado que las actitudes de los individuos parecen poder explicarse mejor no por el grupo social al que «objetivamente» pertenezca el individuo, sino por el grupo social con el que «subjetivamente» se identifica, es decir, por el grupo de «referencia». (El propio Marx posiblemente tuvo alguna intuición a este respecto cuando, al encontrar ejemplos en que el proletariado carecía de la esperada «conciencia de clase», tuvo que recurrir a la «falsa conciencia» para resolver el problema).

En todo caso, la definición que el propio sujeto hace de su autopoicionamiento ideológico, de la clase social a la que pertenece, y de su religiosidad, parecen ser indicadores muchos más válidos y fiables que otros indicadores, apa-

rentemente más objetivos, de esas dimensiones. Numerosas investigaciones en España y en otros países, han demostrado la utilidad de estas definiciones «subjetivas».

La religiosidad de los españoles

Los sondeos OTR/IS, que se realizan mensualmente desde septiembre de 1984 con una muestra nacional de 1.200 personas de uno y otro sexo, representativa de la población mayor de 18 años, han utilizado con resultados muy satisfactorios estos indicadores «subjetivos», partiendo del supuesto que, si una persona se declara «católico practicante», sus actitudes y comportamientos probablemente serán los de un católico muy practicante, independientemente de que otros indicadores objetivos (asistencia a misa, oración, práctica de sacramentos, etc.) sirvieran o no para calificarle como tal.

Así, en los diez sondeos realizados entre septiembre de 1984 y junio de 1985, se ha comprobado que la proporción de personas que se auto-califican como «católicos practicantes» varió solamente entre 20 y 26 por ciento, con un promedio de 23 por ciento; la proporción de quienes se auto-califican de «católicos poco practicantes» varió entre 63 y 68 por ciento, con un promedio de 64 por ciento; y la proporción que se autocalifica de «no practicante o no creyente» varió entre 12 y 16 por ciento, con un promedio de 14 por ciento. Como se puede comprobar, las oscilaciones de un sondeo a otro son inferiores al error muestral previsto, lo que concede una alta fiabilidad a los resultados, pues implica que las muestras mensuales son suficientemente representativas.

Partiendo pues de esta distribución como fiable (es decir, alrededor de una cuarta parte de la población católicos practicantes, dos terceras partes católicos poco practicantes, y alrededor del 15 por ciento no practicantes, creyentes de otras religiones o no creyentes), parece conveniente conocer cuales son las características de esos tres segmentos de la población.

Así, en el Cuadro 1 se puede comparar el «perfil sociológico» de cada uno de los tres segmentos de la población con el correspondiente al total de la muestra, con el fin de resaltar las principales diferencias. Se comprueba por ejemplo que, aunque varones y mujeres están relativamente equilibrados en el conjunto de la población española de 18 y más años (48-52), hay claros desequilibrios en dos de los tres segmentos basados en la religiosidad: hay tres mujeres por cada varón entre los católicos practicantes, mientras que hay dos varones por cada mujer entre los «otros» (no practicantes, creyentes, de otras religiones y no creyentes).

Sólo un 8 por ciento de los católicos practicantes tienen menos de 29 años, mientras que esa proporción se eleva a 53 por ciento entre los «otros»; a la inversa, la proporción de mayores de 65 años es de 31 por ciento entre los católicos practicantes y sólo del 7 por ciento entre los «otros».

Los datos que se presentan en el citado Cuadro 1 pueden fácilmente resumirse así:

CUADRO 1

Perfil sociológico de los católicos practicantes, católicos poco practicantes y no practicantes ni creyentes.

	Total muestra	Católicos practic.	Católicos poco practic.	No practic./ no creyentes
Total	(1.199)	(268)	(766)	(168)
Sexo				
Varones	48%	25%	52%	68%
Mujeres	52	75	48	32
Edad				
18 a 29 años	26%	8%	27%	53%
30 a 49 años	34	30	36	27
50 a 64 años	24	31	25	13
65 y más años	15	31	12	7
Status ocupacional				
Alto	5%	4%	4%	7%
Medio	26	14	30	32
Bajo	8	6	9	12
En paro	8	1	9	12
Jubilados	11	13	11	8
Amas de casa	34	60	29	11
Hábitat				
Rural	28%	38%	28%	15%
Urbano	43	37	45	41
Metropolitano	29	25	27	44
Ideología				
Izquierda	18%	4%	18%	41%
C.-Izquierda	19	12	20	25
Centro	17	19	18	10
C.-Derecha	9	14	9	1
Derecha	10	18	8	5
S.R.	27	33	27	18

a) Los católicos poco practicantes (que constituyen un 64 por ciento de la población española de 18 y más años) son, lógicamente, el segmento cuyo perfil más se asemeja al de la población en su conjunto. Pero los contrastes entre católicos practicantes y los católicos no-practicantes, creyentes de otras religiones o no creyentes, son visiblemente importantes y muy significativos.

b) Así, en el perfil sociológico de los católicos practicantes, y por comparación con el total de la muestra, se observa una «sobre-representación» de mujeres, mayores de 65 años, amas de casa, residentes en el medio rural, y que se autoposicionan en la derecha y el centro-derecha.

c) Por el contrario, el perfil sociológico de los católicos no practicantes, de los creyentes de otras religiones y de los no creyentes, es casi el inverso: varones, menores de 30 años, de status ocupacional bajo y en paro, residentes en áreas metropolitanas, y que ideológicamente se autoposicionan en la izquierda y centro izquierda.

Debe advertirse que pocas veces se encuentran en la investigación social indicadores que «discriminen» con tanta claridad como éste de religiosidad. Las tendencias son claras y significativas en cualquiera de los dos sentidos (en horizontal o vertical), lo que permite aceptar que es un indicador válido (mide lo que dice que mide) y fiable (mide lo mismo en diferentes ocasiones).

Religiosidad y actitudes políticas

La religiosidad había sido abandonada por muchos sociólogos como variable explicativa fundamental por creer que el proceso de secularización de las sociedades industriales había relegado a la religiosidad a un lugar menos importante. Sin embargo, el reciente renacer de los fundamentalismos religiosos y los claros indicios de cambio reciente en la Iglesia Católica hacia posiciones (aparentemente al menos) más conservadoras, o cuando menos, pre-conciliares, parecen sugerir que la dimensión religiosa puede volver a tener importancia, a efectos explicativos, sobre las actitudes relacionadas con la ideología y actitudes de los individuos.

La relación entre ideología y religiosidad se pone de relieve no sólo porque, como se ha visto antes, los católicos practicantes sean predominantemente de derecha o centro derecha, mientras que los «otros» son predominantemente de izquierda o centro izquierda, sino también porque, mientras en el conjunto de la muestra, como se ha dicho, un 23 por ciento se considera católico practicante, entre los de derecha esa proporción es del 42 por ciento, y disminuye cuanto más a la izquierda se posiciona el individuo, llegando a un mínimo de 6 personas que se consideran católicos practicantes por cada 100 que se autoposicionan en la izquierda.

La diferencia entre católicos practicantes y no practicantes es tan grande y significa que impregna casi todas las actitudes políticas. Así, por ejemplo, y utilizando una escala de 0 a 10, los católicos practicantes valoran muy alto a las Fuerzas Armadas (7,0), mientras que la valoración es más baja entre los poco practicantes (5,7), y mínima entre los «otros» (3,4). Tendencias semejantes, en sentido positivo o negativo, son patentes respecto a la valoración de casi cualquier institución, lo que implica que la religiosidad condiciona la actitud de los individuos hacia diferentes instituciones y grupos sociales.

Lo mismo puede decirse de la influencia de la religiosidad sobre la valora-

ción de personajes públicos; en el Cuadro 2 puede comprobarse la valoración de los cuatro líderes principales según la religión:

CUADRO 2

Religiosidad y valoración media de líderes políticos.

	Total muestra	Católicos practic.	Católicos no practic.	No pract./ no creyentes
M. Roca	5,0	5,7	5,0	4,2
F. González	5,6	5,6	5,7	5,1
M. Fraga	3,7	5,2	3,6	1,8
A. Suárez	4,7	5,1	4,8	4,0

Los datos de este Cuadro permiten observar que la valoración de Fraga, Roca y Suárez, es mayor entre los católicos practicantes que en el conjunto de la muestra (y ello es especialmente cierto en el caso de Fraga), hasta el punto de que Miguel Roca es el líder más valorado, de estos cuatro, entre los católicos practicantes. Los cuatro líderes son menos valorados por los «no practicantes, creyentes en otras religiones y no creyentes» que por el conjunto de la muestra, pero esa menor valoración es especialmente significativa en el caso de Fraga.

En general puede afirmarse que los más críticos de la labor del Gobierno y los más radicales en sus actitudes son los «no practicantes, creyentes de otras religiones y no creyentes», debido a su perfil sociológico anteriormente comentado (varones, jóvenes, de izquierda, etc...). Por ello, las tendencias no suelen ser lineales, sino más bien curvilíneas (con «máximo» o «mínimo» entre los «otros» y «mínimo» o «máximo» entre los católicos poco practicantes).

Así, por ejemplo, cuando se utiliza un índice de grado de satisfacción con el Gobierno, se observa que la máxima insatisfacción se da entre los «no practicantes-no creyentes», seguidos de los «católicos practicantes», y la menor insatisfacción se da entre los «católicos poco practicantes» (que, como ya se ha indicado, constituyen dos tercios de la población).

En varios de los sondeos OTR/IS se ha podido comprobar, como era lógico de esperar, el mayor conservadurismo de los «católicos practicantes» respecto a temas que afectan a la familia (divorcio, aborto, relaciones pre-matrimoniales, etc.).

Pero es importante señalar que, en una cuestión tan actual como es la relativa al referéndum sobre la OTAN, los católicos practicantes se manifiestan de

manera muy distinta a los otros grupos. Así, en todos los sondeos en que se han incluido estas preguntas, se ha comprobado que los católicos practicantes son, en términos relativos, menos favorables a que se celebre el referéndum, y afirman que votarán a favor en mayor proporción, y en contra en menor proporción, que los católicos poco practicantes y, sobre todo, que los «católicos no practicantes, creyentes de otras religiones y no creyentes». De todas formas, conviene aclarar que, incluso entre los «católicos practicantes», la proporción que tiene intención de votar en contra es superior a la que dice que votará a favor, aunque ambas proporciones estén muy equilibradas.

Como consecuencia de todo lo anterior, y de acuerdo con las investigaciones realizadas en España y en otros países, el voto de los católicos practicantes es más de derechas que el de los poco o nada practicantes. Así, por ejemplo, la intención de voto para la Coalición Popular es de 29 por ciento (sobre 100 entrevistados) entre los católicos practicantes, 13 por ciento entre los católicos poco practicantes, y 4 por ciento entre los no practicantes y no creyentes. Por el contrario, la intención de voto hacia el PSOE varía desde 16 por ciento a 37 por ciento; y lo mismo ocurre con la intención de voto hacia el PCE y a «otros» partidos (generalmente de izquierda parlamentaria), que es ocho veces superior entre los «no practicantes/no creyentes» que entre los «católicos practicantes» (aún siendo muy pequeña en ambos casos).

El hecho que resulta más curioso, sin embargo, es el pesimismo que parece abrumar a los católicos practicantes. En efecto, se ha construido un índice de optimismo-pesimismo en base a una serie de preguntas relativas al propio individuo y a España comparando el presente con el pasado y con el futuro, con el resultado que se ofrece en el Cuadro 3.

CUADRO 3

Optimismo y pesimismo según la religiosidad.

	Total muestra	Católicos practic.	Católicos no practic.	No practic./ no creyentes
Optimistas	23%	12%	24%	33%
Indiferentes	44	49	42	45
Pesimistas	33	39	34	22
Total	(1.199)	(268)	(766)	(165)

Es fácil comprobar que los católicos practicantes son los menos optimistas y los más pesimistas, con significativas diferencias respecto a los otros grupos. Pero, muy posiblemente, en este caso no se trata del «factor religioso» de que

hablaba Lenski, o al menos, no exclusivamente, y la interpretación haya que buscarla más bien en la ya examinada relación entre religiosidad e ideología, y religiosidad e intención de voto. En efecto, podría pensarse que los católicos practicantes, que son más de derechas (relativamente hablando) y que tienen intención de votar a AP en mayor proporción, no estén especialmente contentos con un Gobierno socialista, y por ello sustenten una actitud más pesimista respecto a su situación y la del país; eso, sin tener en cuenta, además, las relaciones entre religiosidad y edad, que explicarían igualmente parte de estas diferencias.

Pero, en cualquier caso, lo que se pretendía demostrar en esta breve nota era la importancia que ha vuelto a tomar la religiosidad en la explicación sociológica, incluso de las actitudes y comportamientos políticos.

J. D. N.*

* Catedrático de Sociología de la Universidad de Madrid.